

“Puede decirse que el roto era como pan blanco, si no francés, en medio de aquella mezcolanza de razas”: “chinos” y mujeres como representaciones del subalterno en la narrativa de la Guerra del Pacífico (1879-1884)

“It can be said that *roto* was like white bread, If not french, in the midst of that racial mixture”: “chines” and women as representations of the subaltern in the narrative of the Pacific War (1879-1884)

Claudio A. Véliz Rojas¹

Resumen: El texto de Daniel Riquelme *Bajo la Tienda* (edición de 1958) escribe la identidad chilena sobre la representación subalterna de mujeres y ‘chinos’. Utilizando el contexto de la guerra del Pacífico (1879-1884), la narrativa de Riquelme justifica la superioridad del roto chileno soportada por las representaciones subalternas de estos grupos. Al interior de sus relatos, los chinos y las mujeres operan como referentes de contraste para la reafirmación de los valores nacionales. En este sentido y con el objetivo de sustentar teóricamente mi análisis, me serviré del concepto “subalternidad” explicado por el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos así como por la investigadora india Gayatri Chakravarty Spivak. Asimismo, aplicaré las categorías desarrolladas por el teórico francés Pierre Bourdieu respecto a la existencia de un habitus, una hexis corporal y un uso constante de violencia simbólica, para la develación de los modos de dominación que ejercen los rotos chilenos sobre dichos grupos subalternos.

Palabras clave: Representación, Subalternidad, guerra del Pacífico, “chinos”, mujeres.

¹Licenciado en historia, Universidad Diego Portales; Magíster en Literatura, Universidad de Santiago de Chile; Doctorando en Literatura, Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesor, Universidad Central. Correo electrónico: cvelizro@gmail.com

Abstract: The text of Daniel Riquelme *Bajo la Tienda* (1958 edition) writes the Chilean identity about the subaltern representation of women and ‘Chinese’. Using the context of the Pacific War (1879-1884), Riquelme’s narrative justifies the superiority of the Chilean rupture supported by the subaltern representations of these groups. Within their narratives, the Chinese and the women operate as contrasting references for the reaffirmation of national values. In this sense and in order to theoretically support my analysis, I will use the concept “subalternity” explained by the Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos as well as by the Indian researcher Gayatri Chakravarty Spivak. I will also apply the categories developed by the French theorist Pierre Bourdieu regarding the existence of a habitus, a corporal hexis and a constant use of symbolic violence, for the unveiling of the modes of domination exercised by the Chilean ruptures on these subaltern groups.

Keywords: Representation, Subalternity, Pacific War, “Chinese”, women.

Introducción

Luego de unas recientes fiestas patrias, fiestas en las que las empanadas y el humo de los asados nos ayudan a revisar una vez más nuestra discutida identidad nacional, pienso sobre el texto que debo analizar como una suma de conceptos directamente conectados con mi “ser” nacional. Y es que *Bajo la tienda* (1958) de Daniel Riquelme, me recuerda a todo lo que me han enseñado respecto a la encarnación de una identidad chilena. ‘Ser valiente’, ‘ser hombre sin miedo’ y ser ‘mejor’, siempre mejor que peruanos y bolivianos, son algunas de las ideas que resultan caras a mi campo semántico nacional. Es por ello que entre este humo de asado, humo chileno por lo demás, también sostengo la sospecha de que dicho texto delate una construcción de nuestra nacionalidad sobre cimientos fuertemente fundados: la necesidad de un “otro” que sostenga la heroicidad chilena. De esta forma, con una parada militar que no deja de recordarnos las hazañas de estos 70.000 movilizados a la frontera norte (hace tiempo ya, los militares desfilan con los atuendos de los soldados de la guerra del Pacífico), comienzo mi artículo.

En el presente artículo propongo analizar el texto de Daniel Riquelme *Bajo la Tienda*, edición de 1958, como la representación de una identidad chilena basada fuertemente sobre la figura de los grupos subalternos. Para la reafirmación de la imagen superior del roto chileno, el texto utiliza la figura subalterna de ‘los chinos’ y ‘las mujeres’ en promoción de los valores nacionales chilenos. Asimismo y con el objetivo de sustentar teóricamente mi análisis, me serviré del concepto “subalternidad” explicado tanto por el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos así como por la investigadora india Gayatri Chakravarty Spivak. A su vez, aplicaré las categorías desarrolladas por el teórico francés Pierre Bourdieu respecto a la existencia de un habitus, una hexis corporal y un uso constante de violencia simbólica, en la develación de los modos de dominación que se ejerce sobre estos grupos subalternos.

Daniel Riquelme (1855-1912). Intelectual orgánico para fines del XIX

Daniel Riquelme constituye uno de los tantos ejemplos de intelectuales chilenos al servicio del Estado para fines del siglo XIX. Nacido en el seno de una familia de protoburguesa, hijo de la maestra Bruna Venegas y el taquígrafo parlamentario José Riquelme, su inserción en el sistema escolar chileno tuvo un desarrollo relativamente rápido. Ya para 1873 hallamos a Riquelme como parte funcional del Instituto Nacional. Durante este año, el autor funda dos periódicos estudiantiles orientados (*El Sudamérica* y *El Entreacto*) determinadamente al ámbito literario.

Aprovechando como tantos otros intelectuales decimonónicos el espacio de sustento otorgado por el Estado², en el prefacio del conflicto identificamos a un joven Riquelme vistiendo de funcionario público en el Ministerio del Interior. No obstante, esta situación no durará demasiado. Declarándose la guerra al Perú y Bolivia con la toma de Antofagasta el 14 de febrero de 1879, el escritor se unirá a los enganchados chilenos para el año de 1880 fijando su plaza como “corresponsal de guerra” para el periódico *El Heraldo* de Santiago. De esta forma y compartiendo

²Licenciado en historia, Universidad Diego Portales; Magíster en Literatura, Universidad de Santiago de Chile; Doctorando en Literatura, Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesor, Universidad Central. Correo electrónico: cvelizro@gmail.com

la doble función de auxiliar de ambulancia así como escritor, Riquelme tendrá la oportunidad de transmitir “en vivo y en directo” la representación de la guerra ante los emergentes públicos lectores de la época³ (1880).

A partir de esta crítica experiencia que lo llevó a testimoniar la mismísima entrada del ejército chileno en Lima (1881), el escritor logró conservar una serie de anécdotas y relatos que, una vez terminado el conflicto, fueron publicados con el título de *Chascarrillos militares* (1885). Con 13 capítulos y en 137 páginas, los relatos compendiados en este volumen describían la vida y las impresiones de los soldados en campaña. Desde una fresca narrativa que fluctúa entre lo jocoso y lo cotidiano, Riquelme construía la figura de “los rotos” como una entidad superior imbatible ante sus débiles enemigos.

Esta retórica nacionalista será aumentada en una próxima edición del texto que para el año de 1888 se publicaba con el título de *Bajo la tienda. Recuerdos de la campaña al Perú y Bolivia 1879-1884*. Adhiriendo 10 relatos a los 13 existentes (23 en total), esta iniciativa recogía ciertos artículos dispersos en diversos periódicos de Santiago (*El Independiente*, *La Libertad Electoral*, entre otros) que rememoraban los hechos de la guerra.

Sin embargo los escritos de Riquelme serán soslayados de la preocupación nacional debido al estallido de la guerra de civil de 1891. Con el remate de la pseudo estabilidad decimonónica, la recuperación de parte de sus escritos (y de esta obra en particular) vendrá de la mano de otro de los cultores de la chilenidad: Mariano Latorre. Para el año de 1931 e inaugurando la “Biblioteca de Escritores de Chile”, Mariano Latorre junto a Miguel Varas Velásquez publican una compilación de los escritos de Riquelme con el título *Cuentos de la guerra y otras páginas*. Con un estudio introductorio de Latorre, dicha compilación reavivará el interés por la obra de este autor.

Sobre esta misma línea, en el año de 1937 la editorial Zig-Zag retomó el título de 1888 –*Bajo la tienda. Recuerdos de la campaña al Perú y Bolivia 1879-1884*– sumando a los 23 relatos preexistentes, 9 chascarrillos más (total, 32 relatos). Estas “Otras escenas de guerra”, subtítulo para los 9 relatos agregados, servirán para la consagración final de la obra de Riquelme.

³ Para un desarrollo más lato respecto a la importante función de la prensa en la formación públicos lectores durante el XIX, véase el libro de Juan Poblete (2003), *Literatura chilena del siglo XIX: Entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: Editorial Cuarto Propia.

Otro tanto podemos decir respecto a las épocas venideras. La década de 1950 fue un periodo de amplias disquisiciones políticas y, por qué no, un espacio propicio a la discusión de los proyectos nacionales. Retomando el tópico de la guerra del Pacífico, la investigadora peruana Carmen Mc Evoy también ha reparado sobre esta explosión de lo nacional en la cultura chilena del 50'. En la visión de Mc Evoy, esta década respondería a un segundo revisionismo historiográfico chileno en el que la guerra del Pacífico pareciera estar al centro. De allí es que la publicación del *Adiós al séptimo de línea* (1955) de Jorge Inostroza así como la compilación *Cuentos chilenos de guerra* de Guillermo Blanco y Patricio Asenjo (1958) responderían a la necesidad de reafirmar la visión nacionalista respecto a la chilenidad a partir de estos modelos literarios (2013: 19). Esta es una cita a la que los escritos de Riquelme no podían faltar.

Impresos en tres ocasiones distintas (1953, 1955 y 1958) por la Editorial del Pacífico, esta empresa cultural consolidará la versión definitiva de la obra en 16 capítulos. Fusionando esas "Otras escenas de la guerra" (8 relatos) a 8 textos preexistentes, este orden sigue prevaleciendo aún para las reediciones más actuales. Siendo una edición que fue reconocida en distintos formatos para los públicos del siglo XX (incluyendo el público escolar), el presente artículo basará su análisis a partir de la impresión de la obra del año de 1958.

Cuerpos en guerra. La representación del subalterno

Sin duda alguna, el esfuerzo representacional planteado por el texto está en directa conexión con la creación/reafirmación de un tipo de modelo identitario nacional que debería respaldar la gloria de los participantes de la guerra. Bajo este prisma de análisis, tanto la subexposición así como la sobreexposición (Huberman, 2014: 11) de los actores subalternos se presenta como un aspecto obligado en 'el decir' de la guerra. Desde este aspecto de la narración, las historias traman un lugar victorioso para los celebrados así como otro espacio para los grupos amorfos destinados a la expulsión del relato maestro. ¿A qué o a quienes nos referimos con la categoría de subalternos? El término de subalternidad, para el caso del presente texto, podemos aproximarlo a un cierto tipo de 'margen' en que una amplia gama de grupos sociales se manifiestan en la narración

amenazando la trama principal. En este grupo, generalmente considerado como las clases populares, también incluimos otros márgenes tales como los locos, las alternativas sexuales, los mercaderes ambulantes, entre otros cúmulos corpóreos desplazados del centro (Grupo de Estudios Subalternos 2010:196).

De allí es que y ante este indefinido panorama conceptual, adhiero a la explicación desplegada por la historiadora india Gayatri Chakrabarty Spivak al conceptualizar la difícil categoría que encarna el término de “subalternos”. Para Spivak —quien reflexiona sobre el concepto a partir de los escritos de Karl Marx— simplemente no existiría posibilidad para que el subalterno pueda hablar. Pudiendo ser re-presentandos como un retrato/escena en reemplazo de la realidad (*darstellen*) así como representados por un sujeto que aparece como apoderado de estos grupos subalternos (*vertreten*), la posibilidad de que estos grupos puedan hablar por sí mismo respondería, más bien, a un error epistemológico (90).

Por otro lado y en cuanto a la representación material de estos grupos, las categorías aportadas por la teoría de Pierre Bourdieu resultan claves a nuestro análisis. Enfocándome sobre tres conceptos explicados por el sociólogo francés, habitus, hexis y violencia simbólica, entenderé dichos términos en su definición textual. Para el caso de hexis corporal, Bourdieu explica este concepto como una de “llevar”, de “estar”, el cuerpo:

La oposición entre lo masculino y lo femenino se realiza en la manera de *estar*, de llevar el cuerpo, de comportarse bajo la forma de la oposición entre lo recto y lo curvo (o lo curvado), entre la firmeza, la rectitud, la franqueza (quien mira de frente y hace frente y quien lleva su mirada o sus golpes derecho al objetivo) y, del otro lado, la discreción, la reserva, la docilidad (Bourdieu 2007: 113).

Por otro lado, el concepto de habitus, será aplicado desde la misma conceptualización realizada por Bourdieu, entendiendo el habitus como un todo. A saber:

sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente “reguladas” y “regulares” sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas, y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta (86).

Por otro lado, Bourdieu ha sido enfático en señalar la efectividad de la violencia simbólica sobre la violencia abierta como una forma de suplantar la explotación física por la disimulada fidelidad:

Mientras la violencia abierta, la del usurero o del amo despiadado, se tope con la reprobación colectiva y se exponga a suscitar ya sea una respuesta violenta o ya sea la fuga de la víctima, es decir, en los dos casos y debido a la *ausencia de todo recurso*, a la anulación de la relación misma que se pretendía explotar, la violencia simbólica, violencia suave, invisible, desconocida en cuanto tal, elegida tanto como sufrida, la de la confianza, la de la obligación, *la fidelidad personal*, la hospitalidad, el don, la deuda, el reconocimiento, la piedad, la de todas las virtudes, en una palabra, honradas por la moral del honor, se impone como el modo de dominación más económico porque es el que se adecua más a la economía del sistema (Bourdieu, 2007: 204-205).

Todos estos lineamientos teóricos brevemente explicados, nos servirán para analizar la construcción de este otro, fundamental a la construcción de nuestra esencialidad chilena.

Los Chinos

Con tonos preponderantes a lo largo de la narración, uno de los grupos exhibidos por la obra es el de los “chinos”⁴. Valorados en tres relatos distintos –“Adiós a Lurín”, “La entrada a Lima” y “Recuerdos del general Lynch”–, estos subalternos serán presentados bajo un concepto de ‘fidelidad’ que permeará a este grupo en las filas del ejército chileno. En la descripción del relato “Adiós a Lurín”, el texto nos entrega la siguiente descripción:

Los pobres chinos, raza tenida por ávida y rapaz, devolvían en activa cooperación la libertad que les diera el Coronel Lynch en el valle de Cañete y la ración de arroz que recibían en el campamento: verdad que los chinos habían vinculado al éxito de nuestra causa, seguro para su malicia, las esperanzas de una redención general y de un ansiado desquite que se dejaba entrever con todos los rencores y crueldades de que son capaces los débiles. Sea como sea, es lo cierto que ellos trabajaron como acémilas y siento que no haya otra palabra que exprese mejor la verdad (Riquelme 1958:47).

⁴ Respecto a la veracidad de la participación histórica de “los chinos” en la guerra, el historiador peruano Humberto Rodríguez Pastor nos indica lo siguiente: “La forma en cómo participaron en la Guerra del Pacífico los numerosos chinos culíes que por entonces había en el Perú es un aspecto de este conflicto bélico un tanto ignorado y si es conocido hay interpretaciones variadas (...) Antes de ello debemos precisar que en 1879 era aún muy común hallar a numerosos chinos trabajando en las haciendas costeñas. Para este año todavía quedaban en los latifundios muchos de los que habían llegado durante los años 1869-1874, periodo en el que arribó el 50% de los 100.000 inmigrantes asiáticos que en el total lo hicieron desde el año 1849” (2007: 251).

El texto, de esta forma, intenta un cierto distanciamiento para apelar a una visión general acerca del estatus que se le dio a “los chinos” en las campañas de la guerra del Pacífico. “raza tenida por ávida y rapaz” es una oración que leemos como opinión construida neutral para hablar de los beligerantes sin comprometer directamente la visión del narrador, desplazando este juicio (“raza tenida” por otros, no por un nosotros) a un lugar de ilustración casi enciclopédica⁵. Por otro lado, la fidelidad de estos “chinos” a la figura de Lynch funciona como un medio en que estos subalternos devuelven a la autoridad el don otorgado. Ofreciendo una total sumisión al oficial de mando, este grupo declara a Lynch como el amo efectivo de sus propias vidas. Esta situación se profundiza en la imagen construida por Riquelme de los chinos. Subordinados al ejército chileno a cambio de una relación que trasciende el plano económico, los chinos son libres de desplegar toda la violencia abierta (en términos de Bourdieu) contra el enemigo peruano, sirviendo a nuestro ejército en esta condición de venganza permanente. La violencia simbólica, en este caso, se da en el sometimiento de estos bárbaros por medio del permiso que otorga el amo sobre el subalterno, que puede tener el ejercicio de la violencia física sobre otros cuerpos al mismo tiempo que existe una dependencia alimenticia estereotipada por el relato en el objeto del “arroz”.

Por otro lado y como una reflexión que surge desde el imaginario construido por los escritos de Riquelme, la condición subordinada por la violencia simbólica es reafirmada por el narrador. “Los chinos” descritos por el texto están sumidos a una condición de venganza perpetua que los hace presa de actos rencorosos y crueles explicados por su “debilidad”. Esta condición débil, condición que no corresponden a ningún roto chileno, es vista en dichos actores como un factor que los apartaría del grupo de los hombres, haciéndolos víctimas de su emocionalidad. De lo anterior es que la irracionalidad se presenta como un patrimonio de “los chinos”. Ello, toda vez que estos subalternos son reducidos desde un objeto enciclopédico, al rango de mulas de carga para el ejército chileno. En este sentido, la misma hexis corporal de “los chinos” (la calidad de mulas), estaría delatando su subalternidad.

⁵ Basta con apreciar los manejos que utilizan los diccionarios para hacer desaparecer al autor, con el fin de aportar objetividad al relato para recordar lo que referíamos más arriba respecto al efecto de realidad, analizado por Roland Barthes en torno a la construcción de un discurso histórico.

Asimismo y como una forma de ratificar esta situación, el caso del mítico soldado chino-chileno Quintín Quintana funciona como un caso ejemplificador para nuestro análisis. Siendo hablado y modulado por el apoderado de la narración (*vertreten*), el chino jura frente a Lynch de la siguiente forma: “Si tú dice mata, mata; si quema, quema; si molil, muele; nosotlos pol ti” (Riquelme, 1958:125). La adaptación del relato a la re-producción verbal de “los chinos” se da no tan solo como una forma de impactar al lector con el dialecto híbrido construido por este grupo subalterno sino que también como una manera de subordinar a esta comunidad al orden gramático y fonético de los chilenos. “Los chinos” reproducen el idioma del colonizador hablando únicamente a través de una defectuosa imitación del lenguaje oficial. Este acto de parodización crea un sujeto abyecto que, como bárbaro, balbucea pero no habla sino a través de gestos que exhiben la incomplicidad de la gramática y la fonética correctamente realizada. Por lo mismo, el acto del “buen decir” se circunscribe exclusivamente a la voz narrativa, que no permitirá la sublevación de estos sirvientes.

vertreten

Por otro lado, los chinos son simbolizados en la figura de “burros” (“acémilas” en el texto). Refugiados de un ejército en el que nunca pierden su condición de marginados, estos cuasi hombres son tipificados como fieles cargadores que acompañaron a los chilenos en el servicio de la guerra. Bárbaros, cuasi hombres, Riquelme señala a este grupo como los exclusivos encargados de las labores más des-humanizadas al interior de la campaña: “registraban a los muertos, los rociaban con parafina y les prendían fuego entre risotadas y chanzas de su extraña jerga por cada peruano que reconocían” (Riquelme 1958:85). Como ya lo mencioné anteriormente, esta valoración del chino como un ente que busca exclusivamente venganza, remite a un plano en el que predominan los instintos negando el acceso de este grupo a la dimensión racional humana.

Situando los escritos de Riquelme como operaciones literarias insertas en su contexto de emergencia, estas apreciaciones del autor sobre la dicotomía civilización-barbarie aluden explícitamente a las ideas que circularon durante y a fines del XIX. Con la fuerte bandera del progreso flameando y bajo la atmósfera del ideal civilizatorio, “los chinos” son representados por Riquelme como esta barbarie a la que debieron enfrentar los chilenos para entrar en contacto con el enemigo.

Otro tanto podemos decir respecto al rol de la escritura como mecanismo de civilización. El ejercicio de escribir frente a la barbarie significa una propuesta moral del texto en la que el narrador en determinados momentos está recordando sus lecturas de matriz europea. Balzac, el Quijote, la historia de Esparta, son tópicos mencionados en el texto que recuerdan una y otra vez que los anclajes del pensamiento original y modelador no están en América Latina, ni siquiera en EE.UU. sino en Europa. Habilidad exclusiva del narrador, el “escribir” es privativo del autor y no se exhiben subalternos con el poder para reproducir esta diferencia social. De esta forma, el “escribir” como un “ordenar” se trasluce, entonces, como una estrategia de representación en la que tanto “chinos”, “rotos” como las mujeres, son exhibidos como cuerpo privados de la escritura y esclavos de sus propios deseos (Ramos, 2003: 38).

Esta pared divisoria entre civilizados y bárbaros, sin embargo, no será obstáculo en el texto para domesticar a estos semi-hombres que ofrendan su vida frente al amo que ensancha su libertad. Es por ello que, bajo mi perspectiva, lo que realmente deposita el autor en los hombros de este grupo es la representación de una ‘fidelidad’ a toda prueba que ejemplifique la trascendencia del compromiso patriótico. El compromiso se presenta como indisoluble entre los subalternos y el amo:

Por lo pronto, los chinos pasaron a ser los asistentes de los soldados de la división de Lynch, los cuales ya no daban un paso para encender un cigarro o agenciar un jarro de agua. Se hacían servir indolentemente por ellos.

Y la buena voluntad y alegría de aquellos infelices no tenía límites y llegó al colmo, cuando se repartieron trajes flamantes de brin y lograron que se les cambiara la ración de porotos por otra de arroz (126).

Sobre lo ya dicho, este declarado reproche de la voz narrativa en contra de la forma en que son tratados “aquellos infelices” nos invita a reflexionar en torno a la posición que tienen estos sujetos al interior del chascarrillo. Siendo asistentes del general Lynch, se les dio un lugar en el escalafón chileno para calificar como sirvientes de los servidores. En la lógica expresada por el relato, la “buena voluntad” de este grupo es exagerada mediando la necesidad de legitimarse ante el dominador a cambio de seguir existiendo y demostrar su valor práctico en el ejército chileno. La emancipación que se obtuvo con la liberación propiciada por

la división de Lynch, había regresado a un “punto cero” en este momento de la narración. Saliendo del dominio esclavista peruano, los chinos son esclavizados por las “buenas maneras” de los chilenos, por la una violencia simbólica.

Estas estrategias para dominar al subalterno y mantenerlo cautivo por la vía de las “buenas prácticas”, constituyen usos generales de una violencia simbólica utilizada en toda la tropa. El trato afable que dirige la oficialidad a los “rotos” así como la cordialidad con que recibe el ejército chileno a “los chinos” permite un disciplinamiento efectivo que no necesita del uso de la fuerza explícita para ordenar la jerarquía de las clases intra-sistema. Esta jerarquía en la que ningún chino tiene nombre propio –excepción es el caso de Quintín Quintana pero que siempre es referido de una forma no directa y fuera de lugar (Schwarz, 1973– es una de las particularidades más visibles del relato ofrendado por Bajo la tienda y corroborada por el análisis sugerido por Bourdieu.

Con estas características de sumisión, fidelidad (¿animal?), venganza y buena voluntad, la presencia salvadora de las tropas chilenas queda incólume en el relato. Los soldados chilenos se mantienen impecables en su accionar siendo no solo “aventurados en el amor” y en su temeridad al enfrentar las batallas sino también como los protectores de una “raza” golpeada y ultrajada, ¿por quienes? por los peruanos:

Recuerdo, entre ellos, a uno que no contaría más de treinta años de edad –hasta donde es posible calcular la vida en las caras prematuramente envejecidas de los fumadores de opio. Tenía este infeliz los pies hinchados más allá de toda ponderación y contaba que su enfermedad le provenía de haber estado nueve años con grillos en la cárcel de una hacienda, cuyas puertas le abrió el voluntario Villarroel, por orden de Lynch (126).

Tomando en consideración lo anterior, el relato aumenta sustentando esta acusación en otra evidencia: “Otro chino, que era ciego, refería que había perdido la vista al salir a la luz del sol después de otros tantos años de celda oscura y solitaria que también le fue abierta por manos de Lynch” (Riquelme, 1958:126). Asimismo y desde la posición del testigo presencial de los hechos (“recuerdo”), el narrador colabora en la sedimentación de un imaginario despiadado en que el enemigo peruano debe ser liquidado. De esta forma, aplicando esta estrategia y fortalecido por la selección editorial, la posición de “recuerdo” que imprime Riquelme en el relato nos indica que este parte desde una narración que no es fantasía.

Por otro lado, dicha parte del relato corresponde a la memoria testimonial de quien es presentado por la editorial como una voz única⁶, sólo comparable con la titánica obra que el historiador Gonzalo Bulnes escribió sobre el conflicto. ¿Cómo, entonces, poner en duda la veracidad de un testimonio que es señalado por la autoridad editorial como una verdad frente a otra verdad?

Ahora bien, los adjetivos a los que refiere el autor tampoco pueden ser vistos superficialmente. En el fragmento aludido, ninguno de los dos chinos presentados tiene un nombre sino un sustantivo y adjetivo que le siguen: el primero es un “infeliz” y el segundo “otro chino, que era ciego”. Estas exhibiciones sobre las hexis corporales de los personajes sobredeterminan nuestra lectura para indicarnos el camino por el que debemos comprender a “los chinos” así como a sus celadores. Cargando con los estigmas en un cuerpo flagelado, el autor demanda por qué no se les considere humanos completos debido a que existen partes de su cuerpo que faltan o exceden la normalidad (Goffman 2006, 1997). Bajo esta misma línea de argumentación, el texto de Riquelme presenta los culpables de forma inmediata: son los peruanos quienes deformaron estos cuerpos y los redujeron a los estigmas que el ejército liberó. Ante dicha ilación lógica de los hechos, la culpabilidad de los peruanos y la justicia a mano de los chilenos crean, una vez más, la heroicidad del Ejército y el lugar del Lynch como el Libertador.

Luego, estos dos casos sirven como medio de prueba para la intervención chilena en territorio peruano. El ejército chileno, desde esta perspectiva, no solo estaría cumpliendo con la función bélica por excelencia de vencer al enemigo (Clausewitz, 2005) sino que, y al mismo tiempo, estaría trascendiendo su propio

⁶“En Chile –país de historiadores, al fin– la obra monumental de Gonzalo Bulnes es de las poquísimas que han surgido, hasta el presente, como proporcionada consecuencia literaria de la guerra de 1879, que elevó a su máxima tensión las energías nacionales y significó un vuelco fundamental del destino del país.

Aparte de la obra de Bulnes y en terreno más propiamente literario, quizás sea la obra de un solo escritor, nada más, la que permanece como testimonio de unos sucesos y unos hombres que van esfumando más y más en el pasado de la nación: los relatos de Daniel Riquelme” (Riquelme 1958:7). Desde esta noción de “país de historiadores” que podríamos leer como país de contadores de verdad, la obra de Riquelme surge como el único texto que pueda funcionar de contrapeso a la obra verdadera de Gonzalo Bulnes en el relato de la Guerra del Pacífico. Elogiada como una de las historias más completas de la Guerra del Pacífico, la labor historiográfica de Bulnes que aumentó las investigaciones de Barros Arana y Vicuña Mackenna por incluir epistolarios como fuentes históricas es fuente de reconocimiento y valoración hasta nuestros días. Afortunadamente, los esfuerzos de revisión histórica han logrado delatar esta y otras fuentes como “productoras de subjetividades” que amparadas en el “efecto de realidad” notablemente observado por Roland Barthes en torno a los dispositivos que operan en el discurso histórico, hoy comprendemos este y otros textos como artefactos literarios que si bien criticaron aspectos de la estructura institucional chilena frente al conflicto, de todas formas sirvieron para reforzar el proyecto nacional del Chile país triunfador-pacificador (Mc Evoy, 2012:58).

deber. Ordenar sus finanzas, aportar civilización a la barbarie y rescatar las víctimas del régimen anárquico, hacen del ejército construido por Riquelme, el gran salvador del Perú⁷.

Las mujeres

Por otro lado, un segundo grupo sobre el que recae la condición subalterna construida por el relato son las mujeres. Colocadas fuera del campo mismo de las batallas, las mujeres toman un lugar en el segmento civil asignado por el narrador a sus personajes. De esta forma es que ‘los amores del capitán X’ (13), ‘la madre del capitán X’, las versiones carnavalizadas de mujeres peruanas así como las “celestinas”, funcionan al interior de la obra como adornamientos para las acciones trabadas entre “los rotos” y la oficialidad chilena. Esta situación que si bien puede exhibirse como un representación veraz del imaginario lector del XIX —imaginario para el que las mujeres representan el sexo débil que debe ser protegido—, llama la atención toda vez que la actuación de las mujeres en batalla tuvo un rol reconocido por los grandes cronistas de la época.

Así pues, múltiples testimonios hoy ampliamente aceptados y estudiados por la historiografía chilena, refieren la participación de las “cantineras” como una formación derivada de la guerra en la que las mujeres tuvieron una participación directa en los diversos combates junto a las tropas chilenas. El texto *Presencia de la mujer chilena en la Guerra del Pacífico* de la historiadora Paz Larraín Mira alude a dicha participación: “a diferencia de lo que suele pensarse, la mujer chilena participó activamente en la Guerra del Pacífico y tuvo un rol importante como compañera, esposa, enfermera y dispensadora de beneficencia, aparte de haber tomado las armas en casos puntuales” (Larraín 2006:19). Sobre lo anterior, los célebres casos de las cantineras Morales, Filomena Valenzuela, Carmen Vilches entre otras, fueron retratados por la pluma de Benjamín Vicuña Mackenna. A partir de lo expuesto es que la ausencia de las cantineras en los cuadros de guerra de Riquelme, nos invita a preguntarnos, ¿por qué no incluirlas en el relato literario de la guerra?

⁷ Sumado a lo anterior y vinculándolo a lo expresado por el texto: “el General Lynch era sencillamente Chile en el Perú” (Riquelme 1958:140), el agradecimiento de “aquellos infelices” hacia el general Lynch, es el agradecimiento de los subalternos sobre los dominadores. Chile se impone como un redentor en la barbarie altiplánica.

Una vez más, volvemos sobre la orientación de este texto para el año de 1958. La función de este *Bajo la tienda* –entendiendo que el texto tuvo serias deformaciones desde 1888 a 1958– buscó educar lectoras con un género ya definido por su época que no dejaba lugar a especulaciones de los roles tradicionales de la mujer, como sumisa al orden patriarcal. En este sentido, presentar las imágenes de mujeres con rifles y vestidas de soldados, podrían desestabilizar el relato de un orden que debía perpetuarse, siempre basados en los valores trascendentes que el catálogo de la Editorial del Pacífico comprendió como esenciales a “nuestra la sociedad occidental”. De allí es que y como ya lo anticipáramos párrafos más arriba, el lugar de la mujer durante la década de 1950 tuvo un accionar político que reflejaba, en parte, esta crisis de identidad nacional para 1958. Esta aseveración puede ser respaldada por la afirmación de Julio Pinto y Gabriel Salazar, quienes explican una cierta ambigüedad política para la mujer de clase media después de 1955 determinada por su contexto:

La estrategia envolvente aplicada por las clases dirigentes desde 1925 concluyó, durante el ambiguo segundo gobierno de Ibáñez, por volver las identidades políticas de la mujer de clase media contra sí mismas. Fue en ese punto y entorno a esa crisis cuando se produjo lo que todas las analistas de la historia política de la mujer han proclamado a viva voz y por unanimidad el: “*silencio de 1955*”. Y las mujeres de clase media ya no hablaron de feminismo, ni como madres, ni como profesionales, ni como mujeres, ni como políticas. Desorientadas se dejaron llevar por los flujos y reflujos de la crisis. Que también llevaba y traía a los hombres (Salazar y Pinto 2002: 176-177).

Parte de una identidad en crisis que intentó ser resuelta por medio de modelos literarios, Riquelme es sólo uno de tantos ejemplos en que la escritura funciona como ordenadora de los roles sociales. En cuanto a la categorización específica analizada por los historiadores, este segmento de la población, la clase media de las mujeres, responde a nuestras expectativas para la búsqueda de un público lector que reconociese un lugar de la mujer, desde las mujeres, en *Bajo la tienda*. Población alfabetizada y disciplinada por medio de la educación primaria de los colegios, estas mujeres pudieron reconocer en esta obra, un modelo de chilenidad que establecía claramente cuáles eran los límites de su mundo, en el proyecto nacional. En esta línea de análisis, la madre amorosa, la mujer amante, la mujer valerosa ante la ausencia del hombre en la guerra, constituyen moldes que sirvieron para la diagramación del concierto popular nacional en una década de los 50 fracturada política y socialmente.

Por otro lado y bajo una lectura anecdótica de la guerra, un análisis más acucioso de la obra nos permite interpretar la selección misma de los relatos de Riquelme como una forma de violencia simbólica operante para el disciplinamiento social de la mujer lectora. Utilizando el estereotipo de la mujer amante, del bajo pueblo irracional de las mujeres, de la madre o la mujer fuerte en el dominio del espacio privado del hogar, el texto despliega una serie de posibilidades que oculta, a su vez, la elección de las “cantineras” como modelo a seguir. Esta borradura del proyecto nacional que se desea transmitir a las lectoras de esta década (1950), fortalece el sistema patriarcal al que se encontraba suscrito tanto la sociedad del siglo XIX como el imaginario editorial del XX. Valorado como una fuente “del alma chilena” (Riquelme 1958:8) para narrar la guerra, el testimonio “verídico” de Riquelme se pretendió hallar en archivo de saberes canonizado por la literatura oficial chilena.

Ya en la figuración específica de este grupo en el texto, otro de los puntos que llama nuestra atención es la exposición mínima de nombres propios con que son referidas estas subalternas. Sólo dos nombres son enunciados en todo el texto para indicar la presencia de una mujer. Por una parte tenemos el caso de la “negra Vicenta”; mujer exhibida como una legendaria celestina limeña, “tan conocida de nombre y oficio como las más pintada vivandera del Ejército”, así como “la Rosaura”, exhibida como una prostituta que presta servicio de preferencia a los hombres chilenos⁸.

Estos dos tipos de habitus, la celestina y la prostituta, son utilizados por el texto como un dispositivo para reafirmar la superioridad chilena ante los hombres peruanos. ¿Cómo se construye esta superioridad? En primer lugar no figuran mujeres chilenas que sean exhibidas como prostitutas o amantes como si lo hace el autor con las mujeres peruanas. Riquelme explicita que tanto “la negra Vicenta” como la Rosaura, ambas son peruanas conocidas por sus filiaciones amorosas con el Ejército. Ya en el análisis de los casos mismos, la primera mujer descrita, “la negra Vicenta”, comienza su introducción “marcada” por un color racial que se contrapone al “pan francés” representado por los rotos . “Mujer”, “peruana” y

⁸ - “Dinos Rosaura, ¿Cuántos chilenos te han hecho el amor?” - ¡Todos los que ustedes dejaron pasar!” (117)

⁹ La cita textual es: “Sin pretender rebajar a unos y ensalzar a otros —, puede decirse que el roto era como pan blanco, si no francés, en medio de aquella mescolanza de razas con que se ha formado el bajo pueblo peruano” (119).

“negra” son tres conceptos que no pasan desapercibidos en una sociedad preñada de prejuicios raciales y de género, colaborando a la construcción de un personaje que surge desde el error dado por la locación —“Lima, la sensual”— y que aumenta el pecado dedicándose a un vida licenciosa en compañía de muchos hombres.

Otro tanto puede decirse respecto a la Rosaura. Esta mujer entra en el relato de una forma sutil y ubicándose en un lugar difícil de catalogar. Casada con un diputado peruano pero enamorada de un teniente de artillería chileno, el contexto que rodea a la historia la sitúa en la reprobación social del lector moral —“un capitán podía darse el lujo de costear a sus amigas cinco o seis viviendas, según el número de sus relaciones” (117). Estableciendo el vínculo de este enunciado con la presentación de la Rosaura como una de esas “famosas damas” que abre la puerta a los oficiales chilenos con dinero, la Rosaura figura en la historia con un doble defecto. Si por un lado es “peruana” simbolizando al enemigo civil que se resiste a los soldados chilenos, por otro, es una traidora de los suyos siendo arrastrada por la atracción irresistible de los chilenos.

De lo anterior es que ambos casos (la negra Vicenta y la Rosaura) funcionarían al interior del relato como una sentencia que sepulta doblemente las buenas intenciones de estas mujeres en la visión de Riquelme. Pues si en un primer momento es imposible identificar a las mujeres con un nombre propio, para una segunda revisión, todo asomo de que exista alguna mujer peruana que sea un elemento positivo moral para la construcción valórica chilena, se ve anulado por la condición marcada, racial y social de ambas mujeres.

Así pues cuando intentamos referirnos a la independencia de este grupo frente a los hombres, no hallamos tal situación. Estas mujeres están sometidas a lo que el grupo hegemónico masculino pueda otorgarles. Riquelme establece un permanente favoritismo sobre los actos de “los rotos” y no así sobre las mujeres. El populacho guiado por mujeres peruanas es irracional y bárbaro. Ellas matan y saquean ante la inminente entrada de los chilenos a Lima: “Cerca de la estación de Chorillos, a orillas de los rieles, una banda de negras despedazó a una muchacha chilena. La infeliz fue arrastrada con su hijo; pero el conductor de una máquina que pasaba, alcanzó a arrebatarlo de aquellas furias” (Riquelme 1958:99). El lugar marcado por el color racial “negras”, así como el mismo el mismo adjetivo utilizado por el autor (“una banda”), nos permite observar esta

selección cuidadosa hecha por Riquelme al referir los sucesos que marcan el rol de la mujer peruana en el conflicto. Siendo “negra” y “peruana”, la condición de estas mujeres está marcada por una diferencia tal que no deja de verse seriamente atacada por la descripción del autor. Al respecto, cabe observar que las “banda de negras” no son personas al finalizar el párrafo, sino furias; animales míticos que simbolizan la destrucción y que al mismo tiempo, quitan toda la humanidad posible en este grupo ¿por qué? Por la muerte de una chilena. Ante este hecho, el autor no necesita la identificación del nombre de la mujer muerta ni su hijo sino señalar el acto de barbaridad máximo, algo que forma parte del “habitus” de las negras peruanas, perpetrado por el frente bárbaro enemigo.

Sin embargo y comprendiendo las violaciones que practican los soldados chilenos durante la guerra como un hecho consumado, ¿cuál es la estrategia del texto para presentar a las mujeres peruanas que son ultrajadas por los soldados? Limitando este crimen a una breve representación en los 16 capítulos, el autor oculta la vejación de las mujeres peruanas utilizando la retórica humorística. En el relato “La entrada a Lima” el autor presenta el siguiente cuadro:

Y cuánto cantaban los grillos entre el pasto y todo era campestre quietud en nuestros reales, el centinela de la gran puerta del hospital, dio el grito:

-¡Cabo de guardia! ¡Unas mujeres!

Un grupo de cholos, mechoneadas y ofendidas hasta no tener habla, lloriqueaban entre las rejas que circuían la explanación del edificio (Riquelme, 1958:90).

Ante este escenario descrito por Riquelme, no hay reproches de parte de la autoridad a cargo. Tampoco hay reconvenciones desde la voz reflexiva del narrador hacia los soldados. Por el contrario, la narrativa de Riquelme nos induce a observar la astucia de “los rotos” para infiltrarse en la casa de estas mujeres, sin prestarles mayor atención al resultado de dicha astucia.

Otro tanto podemos decir respecto la presentación misma de las mujeres. Esta descripción alude a un grupo de subalternas, enunciado por el narrador con el término de “cholos”. Expuestas como “mechoneadas y ofendidas hasta no tener habla”, el texto de Riquelme disfraza el abuso sexual de este grupo, evitando a toda costa la escritura del término “violación”. Asimismo, los llantos de estas mujeres no serán escuchados por el cabo de guardia de la historia pero tampoco por el narrador. El mismo repliegue de los argumentos lo podemos hallar en la

determinación de los rotos, como grupos que no son “bandas” ni tampoco “furias”. En esta descripción, los rotos son simples soldados expuestos como “visitas” a la casa de estas mujeres. De lo anterior, la violación de las mujeres peruanas se naturaliza como parte del habitus mismo de los soldados, que juegan, matan y ultrajan, sin jamás ser castigados por la voz del narrador.

Estas justificaciones y licencias que ya apreciamos desde el mismísimo prólogo del libro, se hace una constante en la división de géneros establecida por el narrador. Los rotos al interior de la obra son vistos como pícaros con un permiso social instaurado por la voz narradora: –“Para los rotos y las cholas, aquello fue Jauja” (Riquelme 1958:120).

En el caso de las mujeres chilenas, si bien se pueden mostrar enfadadas por la actividad sexual de los soldados en el norte, las actitudes de ellas no son transcritas bajo el tono jocoso en que el texto exhibe el desplante de “los rotos”. A través del chascarrillo “Las misas de Lima”, esta situación queda en evidencia: “Mal año, en fin, para las camaradas de Chile si asoman la cabeza sobre aquel campo de Chorrillos que presencié tantas reconciliaciones internacionales y el último adiós de los rotos a las cholas peruanas” (Riquelme 1958:122). Tal como lo indica la cita anterior, esta permisividad no se aprecia para el grupo de las mujeres chilenas que si bien reaccionan a la infidelidad de los hombres “ofendiendo la ausencia de los soldados con antiguos amigos” (Riquelme 1958:124), estas subalternas serán utilizadas por el argumento como una forma cierre coherente a la historia. Teniendo por título “Las misas de Lima”, Riquelme utiliza la figura de una mujer sin nombre para estructurar el siguiente diálogo:

-¡Buen dar, Carmen, en el estado en que te encuentro!

Aunque empavesada como estaba no se acertó ella por tan poco. El rebozo atravesado, un pie adelante y la mano puesta en la jarra.

-Y tú –respondió– ¿te habrías llevado diciendo misas en el Perú, no?” (Riquelme 1958:122).

Sin inculpar a ningún roto de sus acciones amorosas y sexuales en Lima, más aún, disculpando esta situación comprendida como un contexto en el que las situaciones configuran un “mal año para las camaradas”, Riquelme resuelve a través de la retórica humorística (un empate de las situaciones) el comportamiento libertino de la soldadesca.

Subalternas hasta el final de los relatos, las mujeres subexpuestas, abandonadas por el narrador, estereotipadas y en última instancia, como mero apoyo a las historias centrales, su condición nos ilustra el orden de un discurso de género, clase y raza tenido por necesario tanto en el siglo XIX como en la consagración de un imaginario para el siglo XX.

Conclusiones

Para finalizar. La escritura de Riquelme me vuelve a poner al centro siempre en consulta de mi idea de nacionalidad. Sentirme como un ser-hombre-blancovaliente, ya no parece tan simple entendiendo que esta afirmación reposa sobre los hombros de los menoscabados ‘vencidos’. Ser valiente, implica la necesidad de un cobarde; ser hombre, implica la necesidad de una mujer o un afeminado, tema que si bien se presenta oculto muchas veces, es severamente castigado al momento de figurar en el texto.

Frente a toda esta humareda de conflicto y encubrimientos, el texto de Riquelme me ha dejado con ciertos enunciados para reflexionar. 1) La necesidad de repensar respecto a los cuerpos de los actores subalternos como algo más que ‘maquetas inmóviles’ para la escenografía principal. Sobre esto, Frederic Jameson ya nos indicaba que en las representaciones de la guerra, el escenario del conflicto muchas veces cobra una caracterización propia (2009). 2) La posibilidad de acceder a un texto de carácter nacionalista, desde otras aristas que no caigan siempre en el castigo de la ideología dominante. A base de las categorías aportadas por Bourdieu, podemos ver al mismo texto y su escritura, como parte de un habitus de clase: una forma de orquestar sin director, una forma de ser y llevar la escritura. 3) Bajo la economía de los dones y los contradones, la violencia simbólica sigue perteneciendo a un plano que debe mucho por explotar. Las relaciones paternalistas de los personajes, la animalización de estos o el mismo malinchismo en temas de género, responde a tópicos que en el nivel literario, muestran caminos atractivos en su desarrollo.

Finalmente y ante todo lo ya indicado, puedo establecer proyecciones. Mi trabajo queda en deuda respecto a los circuitos de lectores por los que atraviesa la narración. En dicho sentido, analizar el impacto de la obra en el imaginario

nacional, es una operación no sólo valiosa sino profundamente necesaria. Siendo la literatura (pensemos en el imaginario intelectual del XIX), la representación del estado social de una época, el análisis circunscrito a los públicos lectores de la guerra, nos estaría arrojando luz sobre un tema que poco y nada se sabe. Por otro lado, la amplia gama de textos producidos con el denominador común de la guerra, aún están por explorarse. Ramón Pacheco, Pedro Sienna, Jorge Inostroza, son nombres caros al mercado literario que aún esperan la revisión de sus textos, en favor de un análisis que muestre nuestros valores trascendentes nacionales. Detrás de asados, empanadas y paradas militares, el cuerpo del subalterno aún está por descubrirse.

Bibliografía

- Anderson, Benedict. (1993). *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el Origen y la Difusión del Nacionalismo*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Clausewitz, Carl von. (2005). *De la guerra*. Trad. Carlos Fortea. Madrid: La esfera de los libros.
- Barthes, Roland. (1987). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, Pierre. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Editorial Del Pacífico. (1960). *Catálogo de Textos de la Colección Studium*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Goffman, Erving. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- _____.(1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos. “Manifiesto Inaugural”. En Luis de Mussy y Miguel Valderrama. *Historiografía Postmoderna. Conceptos, figuras, manifiestos*. Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae-RIL Editores.
- Didi-Huberman, Georges. (2014) “Parcelas de humanidades”. *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*. Buenos Aires: Manantial.
- Jameson, Frederic. (2009). “War and representation”. *PMLA*, 1532-1547.
- Larraín Mira, Paz. (2006). *La presencia de la mujer chilena en la Guerra del Pacífico*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.

- McEvoy, Carmen. (2013). *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Poblete, Juan (2003). *Literatura chilena del siglo XIX: Entre público lectores y figuras autoriales*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Ramos, J. (2003). *Desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y Política en el siglo XIX*. Santiago: Cuarto Propio.
- Rodríguez Pastor, Humberto (2007). “Los chinos en la guerra del Pacífico”. En Chapuis, José y Rosario, Emilio. *La guerra del Pacífico. Aportes para repensar su historia. Vol. I*. Lima: Editorial Línea Andina.
- Riquelme, D. (1958). *Bajo la tienda*. Tercera Edición. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. (2002). *Historia Contemporánea de Chile II. Actores, Identidad y Movimiento*. Santiago: LOM Editores.
- Silva Castro, R. (1966). *Daniel Riquelme: (1855-1912)*. S/F.
- _____. (1964). *Eusebio Lillo 1826-1910*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Spivak, Gayatri. (2011) *¿Puede hablar el subalterno?* Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Stuven, Ana María. (2000). *La Seducción de un Orden: Las Elites y la Construcción de Chile en las Polémicas Culturales y Políticas del Siglo XIX*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Schwarz, Roberto. (2014). “Las ideas fuera de lugar”. Trad. de Eduardo Vergara Torres. En *Meridional. Revista chilena de estudios Latinoamericanos*, octubre, n° 3:183-199.